

Rony Brauman, *Le dilemme humanitaire. Entretien avec Philippe Petit*, Les éditions Textuel, París, 1996, 106 pp.

Un rasgo muy estimulante de la personalidad de Rony Brauman es su maestría para reflexionar libremente, sea en frío o en caliente, con el objeto de mejor delimitar los fines de las organizaciones humanitarias en la actualidad. En esta recopilación de entrevistas con el periodista Philippe Petit, el ex presidente (1982-1994) de *Médicos sin Fronteras-Francia* (MSF-Francia) brinda un amplio panorama de su pensamiento y su creatividad, al evocar la evolución de la acción humanitaria y los principales desafíos que tiene planteados. Ante los embates del *pensamiento único*, sólo cabe saborear el ejercicio filosófico que nos ofrece este practicante consumado de la filantropía moderna, que se da a conocer, cuando se tercia, como un gran deshacedor de lugares comunes.

Habiendo excluido del diálogo, por definición, «los certificados de buena conducta», los interlocutores han podido pasar revista, gracias al juego de preguntas y respuestas, a los errores y fallos cometidos por las organizaciones humanitarias en el marco de las grandes tragedias de este siglo. Se rememoran, pues, la Segunda Guerra Mundial y el funesto silencio del CICR acerca de la cuestión judía, actitud que Rony Brauman presenta como el resultado de una lógica de «lo no dicho», iniciada en 1938 cuando la Cruz Roja Alemana llevó a cabo la expulsión masiva de sus miembros judíos. Para subrayar mejor el carácter atípico de tal abdicación moral —sustentada, en cierto modo, por la obcecación general—, Brauman recuerda que el CICR condenó, en cambio, la utilización de gases de combate durante la Primera Guerra Mundial. Durante la descolonización de los años cincuenta y sesenta, la ayuda al desarrollo ocupó el primer plano de la solidaridad, muy por encima de la acción humanitaria. Desde la década de 1970 asistimos, según la expresión acuñada por Rosenau, a la aparición de «nuevos actores humanitarios, que no obedecen a soberanía alguna», entre ellos las organizaciones caritativas privadas, que comenzaron a ocupar el terreno tradicionalmente reservado a los Estados y a la diplomacia. *Médicos sin Fronteras* lo fundaron, en 1971, al terminar la guerra de Nigeria-Biafra, varios médicos de la Cruz Roja Francesa, encabezados por Bernard Kouchner, decepcionados por la neutralidad. Según ellos, a la ayuda de urgencia se anteponía el deber de testimoniar públicamente, actitud que en este caso concreto equivalía, según el autor, a prestar un servicio involuntario de propaganda en favor de la causa secesionista de Biafra. En 1979, tras intensos debates internos, MSF adoptó por mayoría una organización independiente y más operativa,

separándose de paso de los «legitimistas» informales de los comienzos, tendencia encarnada por Bernard Kouchner. A juicio de Rony Brauman, la profesionalización de MSF fue también una especie de ajuste de cuentas con la acción perniciosa del «tercermundismo y el utopismo lírico», tendencias fuertemente implantadas entre los jóvenes izquierdistas de la época: «Conjuntamente con Claude Malhuret, empezamos a formular una reflexión crítica contra la tiranía ejercida en nombre de la virtud.» Este proceso de rectificación fue concomitante de una postura cada vez más afianzada contra el «humanitarismo de Estado» que institucionalizó, en 1988, Bernard Kouchner —siempre el mismo—, precisamente el año en que fue investido ministro de la República Francesa: «El Estado es siempre sospechoso de segundas intenciones (...) [pues] sitúa las relaciones con las autoridades en un plano de transacción política.» Pero lo que más indigna al autor es el «maquillaje» indecente de la injusticia en que termina la gestión humanitaria del Estado, ya sea a propósito del Kurdistan, de Somalia, de Ruanda o de Bosnia-Herzegovina, en la medida en que «ha servido más para enmascarar nuestra abdicación colectiva ante la generalización de las atrocidades que para respaldar resoluciones encaminadas a ponerles coto.» Para rectificar esta despreocupación, Rony Brauman preconiza, con razón, que los gobiernos apliquen los instrumentos de derecho internacional humanitario que han suscrito.

La crisis de Etiopía, assolada por la hambruna en 1984, fue para MSF-Francia una de sus grandes horas de la verdad: «MSF protestó contra los desplazamientos forzados de población que el gobierno etíope llevaba a cabo sirviéndose de los medios logísticos de la ayuda internacional (...). Fundamentalmente, el caso de Etiopía nos enseñó que la ayuda humanitaria puede servir a un proyecto político criminal, y que el interés de las víctimas no es, por ende, necesariamente el fin último de la acción humanitaria.» Tal postura entrañó la expulsión de MSF de Etiopía, en 1986, cuya responsabilidad Rony Brauman asume sin reservas. Brauman contrapone vigorosamente su actitud con lo que designa como el sentimentalismo demagógico de Bob Geldof, organizador del «concierto del siglo», acontecimiento que «contribuyó a empeorar la situación, a agravar el desamparo de la gente a la que quería ayudar.»

Surgió así el concepto de «trampa humanitaria», que terminó por convertirse en un tópico en razón del debate sobre el derecho de injerencia.

Profundizando su análisis de los efectos perniciosos de la asistencia internacional, el autor denuncia la «mecanización del trabajo humanitario», es decir, el conjunto de «camiones, vehículos todo-terreno, emisores-receptores portátiles, teléfonos vía satélite, computadoras y

otros recursos que configuran un entorno artificial y sitúan a los equipos asistenciales en un mundo casi virtual, en el que el tiempo y el espacio se miden en unidades diferentes a las de los países donde se encuentran.» Este efecto de «burbuja», cuyos antidotos son la simplificación y el buen sentido, tiende al parecer a que la «tribu humanitaria» abandone sus responsabilidades y a aumentar los riesgos en el terreno.

Otro motivo de inquietud es la instrumentalización mediática de la acción humanitaria. Rony Brauman reconoce la necesidad de informar, y en particular el impacto de las imágenes, que suelen ser indispensables para el desarrollo de las acciones de asistencia, pero rechaza la idea de que la televisión sea capaz de impedir «un nuevo Auschwitz». «Ya es harto sospechoso que un determinado dispositivo técnico se convierta milagrosamente en norma moral o política. Pero que se sigan profiriendo semejantes sandeces después de los horrores de este fin de siglo resulta sencillamente pasmoso.»

Con su análisis de los vínculos entre las actividades humanitarias y la política, el autor ha abierto una brecha en el sacrosanto precepto de que no se abandona a las víctimas salvo por motivos de fuerza mayor. Por considerar que el espacio humanitario no era siempre suficiente para desarrollar su labor, o que la acción humanitaria servía con demasiada evidencia de pantalla a la inacción política, MSF-Francia ha decidido retirarse, temporal o indefinidamente, de escenarios tan diversos como Somalia, Zaire, ex Yugoslavia (después de lo ocurrido en Vukovar), o también de Bougainville, en Papúa Nueva Guinea. Partir o quedarse, el dilema se puede plantear en cualquier lugar y momento: el CICR lo sabe por propia experiencia. Las cosas se complican aun más cuando hay que tomar una decisión en función de parámetros tales como el grado de inseguridad o la falta de ética, campos en los que resulta particularmente difícil medir la noción de umbral crítico. Queda por saber que ocurrirá con esta «ética del rechazo» de origen francés, ahora que el MSF está reforzando e internacionalizando su estructura central.

Dotado de una lucidez a veces desalentadora, Rony Brauman se deja llevar ocasionalmente por generalizaciones excesivas, como cuando afirma que las organizaciones no gubernamentales alimentan la ficción de las situaciones de emergencia con el fin de obtener recursos materiales y notoriedad. Para no equivocarse de blanco, Brauman debería recordar de forma más concluyente las causas de los conflictos, lo que no debilitaría ciertamente sus objetivos. En este sentido, el ex presidente de MSF-Francia desmonta el fenómeno humanitario de manera rigurosa, pero reduccionista, lo que pudiera, en último término, incitar a la

desmovilización. No obstante, hay que reconocer la pertinencia de la mayor parte de sus implacables observaciones clínicas. Si el reconocimiento de algunos fracasos parece obedecer a un hastío pasajero, quizá sea para despertar al máximo nuestra vigilancia, tan propensa al letargo.

Jean-François Berger
Delegado del CICR

Publicaciones recientes

Informe de Actividad 1995, Comité Internacional de la Cruz Roja, Ginebra, 1996, 346 pp.

El *Informe de Actividad* reseña de manera completa las actividades operacionales del CICR en 1995, así como su labor para promover el derecho internacional humanitario, incluida la XXVI Conferencia Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja. El lector también encontrará información general acerca del CICR.

Informe Mundial sobre Desastres 1996, Federación Internacional de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, Oxford University Press, 1996, 178 pp.

Publicado por primera vez en 1993, el *Informe Mundial sobre Desastres* es una publicación anual, mundial e interdisciplinaria que se centra en todos los aspectos de las causas y los efectos de los desastres, y en el creciente número de millones de personas afectadas por las catástrofes como inundaciones, hambruna, guerras y el hundimiento de la economía. Está destinado a satisfacer las necesidades de todos los que prestan servicio en el ámbito de ayuda en caso de desastres, desde los que trazan la política hasta los socorristas.

El *Informe Mundial sobre Desastres 1996* se desglosa en los siguientes capítulos principales, que tratan de: cuestiones clave, metodología, los desastres en el año 1995, banco de datos sobre desastres y Cruz Roja y Media Luna Roja.